

REFLEXIONES

SOBRE

EL POSTCONCILIO

La prensa diaria y especializada, la radio, la televisión, muestran, un poco por todas partes, signos de sacudimiento en la Iglesia, tanto en América como en Europa y en África. Las numerosas intervenciones del Papa en las audiencias de los miércoles en Roma, en las que recibe a los peregrinos que vienen en gran número a escucharlo, confirman que el postconcilio es una época difícil. Hay un sentimiento a la vez optimista e inquieto, simultáneamente hay una tendencia a avanzar y otra a frenar. Las observaciones que siguen pretenden simplemente despertar reflexiones sobre este problema.

1.—No es inútil preguntarse a qué edad del desarrollo en el tiempo se encuentra la Iglesia de la tierra. No se trata, por ningún respecto, de poner en duda el hecho de que después de la Encarnación de Cristo nos encontramos en "los últimos tiempos" de la Iglesia sobre la tierra, y que al mismo tiempo

que ella la humanidad entera ha entrado en los últimos tiempos, de los cuales habla el Apocalipsis (1). Pero la pregunta es la siguiente: La investigación, por parte de la Iglesia, del contenido de la Revelación y su formulación, ¿habrán alcanzado su perfecto desarrollo o están cerca de alcanzarlo? (Jn. 16, 13) (2) El anuncio del Evangelio ¿ha alcanzado a los confines de la tierra? (Mat. 24, 14) ¿Está lista la Iglesia para la segunda venida de Cristo? La civilización occidental, tan segura de sí misma,

tiene la tendencia a creerse cerca de la cima de su desarrollo, y los cristianos, que deben tanto a esta civilización, a menudo tienen la misma tendencia a creer que la Iglesia de la tierra está próxima a alcanzar su estatura perfecta.

De hecho, no sabemos en absoluto en qué época del desarrollo en el tiempo se encuentra la Iglesia. Puede que esta edad sea todavía muy precoz. No podemos imaginarnos lo

NOTAS

(1) La concepción cristiana de la historia es "lineal" y no "circular" (recomenzar eternamente), y el suceso central de esta historia es la Encarnación de Jesús, único Salvador y mediador, fuera de quien toda salvación es imposible (Jn. 14, 6; 15, 5; Act. 4, 12). Desde la Encarnación, el mundo está ya salvado en esperanza, y sólo falta que cada creyente se adhiera a Jesús por un acto personal, en la Iglesia que Él fundó, y conforme su vida a su enseñanza. Desde el pecado del hombre hacía falta que la relación personal que existía entre Dios y el hombre se restableciera.

Es la Encarnación lo que ha puesto las cosas en orden (cf. los discursos del Papa en la Navidad de 1966). La historia está así determinada por un acto capital, aunque totalmente gratuito, de Dios por amor del hombre.

(2) El contenido de la revelación está cerrado desde la muerte del último apóstol. Por tanto, ninguna otra verdad será revelada. No le queda a la Iglesia otra cosa que inventariar este contenido y, bajo la guía del Espíritu Santo, sacar a la luz, de una manera cada vez más profunda y en un lenguaje más apropiado, las verdades que le ha confiado Jesús (tal es el sentido de Jn. 16, 13).

que será la Iglesia dentro de cien años o dentro de mil años o dentro de veinte siglos. No podemos imaginarnos la amplitud que alcanzará. De hecho, la Iglesia todavía sigue siendo muy "local". La Iglesia latina es mediterránea, sobre todo en su mentalidad, aun la Iglesia de los dos continentes americanos. Prácticamente no ha sido enriquecida sino por una sola gran cultura; y si la Iglesia oriental ha penetrado profundamente y ha recibido mucho de la cultura de los países del oriente de Europa, sigue siendo igualmente muy local. ¿Y las otras grandes culturas, la de Asia, por ejemplo, y el alma africana? No son los 6.000.000 de cristianos que hay en China, ni los 10.000.000 de cristianos de la India, los que pueden crear una ilusión, ni los 30 ó 40.000.000 de cristianos africanos los que han naturalizado a la Iglesia. La vieja civilización china no ha recibido todavía nada de la Iglesia y tampoco le ha dado nada. El día en que verdaderamente la Iglesia haya asimilado estas culturas, no podemos todavía saber lo que ellas aportarán a la Iglesia y la amplitud que recibirán de su contacto con ella. Todo lo que sabemos es que la Iglesia ha recibido las palabras de vida eterna, que no puede equivocarse en la verdad y que existirá siempre (Lc. 21, 33). ¿Qué forma tomará en el futuro su cara exterior? Nada sabemos a este respecto. Por consiguiente, es inútil hacernos preguntas sobre la época de la venida de Cristo. El Apocalipsis nos da signos que nos parecen muy actuales, pero de hecho estos signos han parecido siempre muy actuales a los hombres de todas las épocas. Jesús, por otra parte, nos ha puesto en guardia: No es necesario escrutar los signos de los tiempos, sino simplemente aceptarlos. La venida de Jesús es el secreto de Dios (Mc. 13, 32; Mt. 24, 36; 2ª Tes. 2, 1-2).

En el fondo, lo único que sabemos con certeza es que en todo caso cada uno de nosotros va a encontrarse con Cristo, y de hecho esto es lo único que importa; y del estado de nuestra santidad en el momento del encuentro con Él depende por una parte —mínima, puede ser, pero real— la salvación del mundo. Esto nos concierne muy

personalmente. He aquí por qué parece bueno, en este rápido momento del tiempo en que vivimos, tomar un poco de altura, ver los sucesos desde lo alto, con la mirada de la fe, que es participación de la mirada de Dios mismo, quien, en un instante eterno, ve todo el desarrollo del tiempo y de la historia.

2.—En la marcha de la humanidad hacia su pleno desarrollo hay un crecimiento misterioso de la ciudad del mal. Nosotros sabemos que Dios ya venció al mundo y que la vida es más fuerte que la muerte; y, no obstante, la realidad del mal está allí y, a veces, mucho más presente de lo que parece estarlo. Así como la gracia de Dios está misteriosamente actuando en todas partes, y en la creación misma, como una fuerza de vitalidad, así mismo el espíritu del mal está obrando, por todas partes, también en la creación misma, como una fuerza de desintegración. Nosotros desentrañamos difícilmente, con nuestra Inteligencia herida por el pecado, los límites del bien y del mal, y sabemos que la frontera entre el bien y el mal pasa por el centro de nuestro corazón. Es necesario, por tanto, estar muy atentos a no clasificar como totalmente bueno o totalmente malo lo que nos rodea. En toda teoría, aun en la más perversa, hay gérmenes de verdad; exactamente lo mismo que en todo ser humano, aun en el más pervertido, hay destellos de amor. El espíritu del mal sorprende por todas partes, pero podemos estar seguros de que sorprende sobre todo en lo esencial. Nosotros nos fijamos fácilmente en lo accesorio, en lo que nos toca de más cerca, la carne, por ejemplo. Pero es cierto que el demonio ataca preferentemente a la inteligencia del hombre, su facultad más noble. Jesús nos ha prevenido de que aun aquellos que trabajaron contra Él se imaginaban que hacían el bien y prestaban un servicio a la humanidad (Jn. 16, 2). El cristiano no debe, por tanto, inquietarse ni asustarse, pero debe saber esto con lucidez y, sobre todo, saber que él mismo no está a cubierto de la astucia del espíritu del mal. No olvidemos que el mismo Jesús permitió que un demonio le tentara.

3.—Nosotros estamos marcados por el pasado. Ni la Iglesia ni la humanidad nacieron hoy. El pensamiento del hombre está en evolución desde siempre y esta evolución no cesará nunca. Las ideas de hoy son el fruto de un largo proceso que nosotros heredamos, en el cual están actuando muchas fuerzas contrarias. Por otra parte, el cristiano vive en su tiempo y respira el aire de su tiempo, lo cual es normal, puesto que no está destinado a vivir encerrado en un ghetto, sino que debe ser el testimonio visible del amor y de la verdad. Por consiguiente, es normal que el cristiano sea influenciado por todas las ideas de hoy, aun aquellas contenidas en las doctrinas más opuestas a la fe.

4.—En todo lo que concierne a la vida, tanto personal como social del hombre, hay un justo equilibrio que debe conservarse entre los elementos objetivos y los elementos subjetivos. Es claro que si existe una ley divina, por ejemplo, se impone como un elemento "objetivo" a mi conciencia (elemento subjetivo).

Parece que en la hora actual nuestra civilización occidental se encuentra en una época de paroxismo de "subjetivismo", del cual no está excluido el mundo comunista europeo. Basta con ver cuál es la tendencia general de las corrientes del pensamiento más favorecidas de nuestros días: existencialismo, la moral "de situación", etc. La juventud europea está en revolución contra todo lo que parezca una institución. Cada persona quiere ser su propio maestro, en todos los planos. Cada uno quiere adherirse personalmente a su propia ley. Hay elementos muy valiosos en esta tendencia, pero el punto de paroxismo que alcanza crea una fuerte ruptura del equilibrio de la vida social de los pueblos que afecta, y de la vida personal de los individuos.

Pero esto puede cambiar muy rápidamente. Es posible que la juventud de mañana se apasione por

el "objetivismo". Pensemos en lo que pasa actualmente en China. La revuelta de los guardias rojos es una forma de dogmatismo extremo que quiere imponerse desde el exterior a la conciencia de cada uno.

5.—Las culturas no occidentales están en camino de sufrir una transformación radical bajo la influencia de una doctrina nacida en occidente: el marxismo. ¿Qué saldrá de allí? ¿Cómo asimilarán el marxismo estas culturas tan poco preparadas para esta ruptura? Este es un gran interrogante. Estas culturas pueden tener reservas insospechadas del sentido de lo espiritual que, cuando el rodillo compresor que es el marxismo haya pasado sobre ellas, puedan resurgir en una sed de verdad, de vida espiritual, en un deseo de trascendencia desconocido hasta ahora, en una sed de Dios, que sólo el cristianismo será capaz de satisfacer. El hombre y las civilizaciones tienen estos resurgimientos del fuego...

6.—En su estado actual, el mundo ha hecho el descubrimiento de su unidad, al mismo tiempo que toma conciencia cada vez más clara de su dominio técnico y científico. Desde el comienzo de la creación, Dios ha confiado al hombre el imperio del mundo, para valorizarlo, haciendo de él su colaborador (1ª Cor. 3, 9). Pero de demiurgo que es, el hombre tiene la tentación de hacerse Dios. Es la tentación de siempre, pero que en nuestros días toma un aspecto más espectacular. Involucra una desacralización casi general. Y esto toca a todos los dominios. Todo misterio debe desaparecer, todo debe ser demostrado, el hombre quiere una autonomía total en todo. Fue Paul Claudel quien dijo: "La tentación del hombre moderno no es hacer el mal, sino querer ir más allá de Dios para hacer el bien." Se acepta la segunda parte del primer mandamiento, pero se rechaza la primera, cortando así el amor y todo el resto de su fuente vivificante (Mt. 22, 37-39).

7.—Todo un vasto sector del mundo protestante norteamericano

y europeo, bajo la influencia de exégetas y teólogos de talento, sufre la influencia de esta desacralización general. El libro ya famoso del obispo anglicano Robinson, aparecido en 1964, "Honest to God" (el título de la traducción francesa es "Dieu sans Dieu", "Dios sin Dios"), no ha hecho otra cosa que provocar el estallido de esta tendencia. Robinson quiere "desmitologizar" a Dios y edificar un cristianismo sin Dios, sin misterio, sin sobrenatural, un cristianismo al nivel del hombre. Esto es una inversión completa: no es Dios quien crea un hombre a su imagen, sino que es el hombre quien se crea un Dios a su propia imagen. En esta perspectiva, Jesús es un hombre como los demás, su mensaje no es más que un mensaje moral que se dirige a cada uno de nosotros, pero que no tiene ningún valor objetivo permanente. Corresponde a cada uno interpretarlo de la manera que le convenga, según sus propias luces naturales.

8.—La Iglesia, en su conjunto, parecía estar al abrigo de todo este movimiento de pensamiento y de esta mentalidad moderna. Nadie se esperaba que el Concilio desatara un movimiento tal de apertura hacia el mundo. Lo ha hecho bajo el empuje del Espíritu Santo. La Iglesia no está solamente en vías de ponerse al día, hay en ella toda una mentalidad que cambia. Para unos, este cambio es causa de inquietud; para otros, no es suficientemente rápido; en unos y otros provoca un estado latente de crisis. Unos desearían una especie de sincretismo en el cual cada uno encontrara la verdad a sus anchas; los otros insisten en la dirección de un conservatismo absoluto. A través de este desorden de los espíritus, es necesario tratar de ver todo lo positivo de esta crisis que se parece mucho a la crisis de la edad adulta. Es como si repentinamente cada cristiano, sea laico o religioso, tomara conciencia de que es un miembro viviente de la Iglesia y de que el acto de fe es un compromiso personal, que compromete toda una vida y que no es ya solamente una adquisición recibida de una vez por todas y escondida en la quietud de una vida bien burguesa. En este movimiento contradictorio, la Iglesia, guiada por el

Espíritu que vive en ella, sin perder su preocupación por los unos ni por los otros, debe seguir siendo la luz del mundo, consciente del mensaje que le ha confiado su Fundador y que ella debe diseminar ante todo y contra todo sobre el mundo. Como Jesús, ella sabe lo que hay en el fondo del corazón del hombre (Jn. 2, 24-25) y, confiada en la fuerza de la gracia de Dios, sigue adelante con realismo, cuidándose tanto de un pesimismo absoluto como de un optimismo lleno de ilusión.

9.—"Aggiornamiento" y "diálogo", he aquí las dos consignas que han sido señaladas por Juan XXIII y Paulo VI. "Ponerse al día" y no "ponerse al gusto del día"; "dialogar" y no "todo lo de los demás es bueno y verdadero", sino estar atento a todo lo bueno que hay entre los demás y cuidarse de lo falso que hay entre nosotros; buscar y encontrar las condiciones y el lenguaje que mejor convienen al hombre de hoy en día con el fin de transmitirle fielmente la sal de la palabra de Dios: vuelta a las fuentes más frescas del Evangelio y apertura al mundo que Jesús vino a salvar. Vuelta a las fuentes, a la única fuente, a la persona misma de Jesucristo, al Cristo histórico que ha sido anunciado por los profetas, que nació de la virgen María, que pasó simplemente haciendo el bien y anunciando el mensaje de salvación, que murió por nuestros pecados, que resucitó y está sentado a la derecha de Dios; a Jesucristo, Hijo único de Dios, del Dios trascendente "de Abraham, de Isaac y de Jacob", y no el dios de los filósofos y de los sabios; no el Jesucristo que nosotros queramos, sino el que se impone a nosotros como único Salvador del mundo.

Santa María de Erebató, enero de 1967.

JUAN FRANCISCO
NOTHOMB
Hermanito del Evangelio